

# Pablo Vega y Raudez

SANTIAGO FAJARDO

El 1 de abril de 1850 vino al mundo en esta ciudad de Masaya el niño Pablo Vega y Ráudez, hijo del Licenciado don Gabriel de la Vega y Sevilla y doña Lucía Ráudez. Era don Gabriel un caballero español, natural de Andalucía, alto, robusto, de porte distinguido. Maravilloso ejecutor de la guitarra, de profundos conocimientos de música, cantor de bellos romances españoles con su voz grave, de oro macizo. De él heredaron sus hijos y sus nietos el amor por la música.

Pablo hizo sus primeros estudios musicales en la escuela del maestro Marcelo Zúniga, y más tarde, cuando su hermano mayor, José del Carmen Vega, había fundado su propia escuela pasó a ella para solidificar sus conocimientos y desarrollar su maravillosa disposición y precocidad, al extremo que de muy temprana edad formaba parte en las orquestas del país ejecutando varios instrumentos. Todo el entusiasmo de su alma adolescente no tuvo otro rumbo que el de la música.

La pauta: el pentagrama vacío le toca y le despierta el sentido de su humanidad genial, el calor de la llama del fuego interno de su inspiración; la avecilla canora le dice al oído su canción divina y le obliga a llenar de negras, corcheas, semicorcheas, fusas y semifusas, las cinco rayas del papel. El resultado son trozos musicales de textura perenne: melodías, cantos, pastorelas, simientes de obras enteras que han de llegar, más tarde, a madurez plena. Así nace el compositor.

Ya el adolescente ha llegado a hombre. Brilla ya con el esplendor natural del artista destacado que nace genial. Ya es figura de relieve en el vasto campo de la música nicaragüense, y su prestancia de hombre bien parecido va reforzada por la gentileza de su espíritu culto. Aventajado en el amor, muchas bellas suspiran por él, y él les retribuye los suspiros con una canción, con un vals. Así "Yolanda", "Blanca", "Isabel" y "Chepita" pasaron perfumando la fuente inagotable del Maestro.

Fue Chepita Matus la que colocó los sueños de amor de Don Pablo. De su matrimonio con ella hubo dos hijos: Pablo y Alejandro. Pablo murió muy niño, Alejandro vivió para ser la más grande y legítima gloria musical de Nicaragua.

Mas la felicidad conyugal del Maestro fue empeñada, poco tiempo después, con la prematura muerte de doña Chepita. El profundo duelo y la constante vigilia en el vacío lecho nupcial, estimularon su deseo de profundizar los métodos mediante el continuo estudio, y así logró do-

minar la "fuga", "contrapunto" y "composición", aprovechándose también de los elevados conocimientos del Padre Góñez, sacerdote jesuita que residía entonces en Masaya. Como padre abnegado no descuidó la educación de su hijo Alejandro, ayudado en esa tarea por su hermano José del Carmen y por Rosita Matus.

Varios años después Don Pablo contrajo segundas nupcias con la señorita Isabel Miranda Somoza, bella joven y elemento sobresaliente de la sociedad, llena de virtudes, con la que rehizo su hogar. Un retrato grande de una alta dama que está colgado en la pared de la sala de recibo del Hospital San Antonio, es de doña Isabel Miranda de Vega, alma altruista, bajo cuya dirección y auspicio se colocó la primera piedra de nuestro centro de caridad. Útil es esta explicación para que la juventud de hoy y la de mañana no ignore quién es y por qué esa efigie aparece allí, inmortalizada por la gratitud.

De este segundo matrimonio nacieron: Emelina, Gilberto, Isaura, Margarita y Adela Vega Miranda. Todos llevan en su sangre el torrente divino de la música, tesoro que heredaron de su ilustre progenitor.

En el año de 1882, Don Pablo es llamado por su Sría. Ilma. Monseñor Simeón Pereira y Castellón, Obispo de Nicaragua con residencia en León, para nombrarlo Maestro de Capilla de la Catedral. La figura del Maestro se hizo familiar en los templos de Zaragoza, La Merced, San Felipe, La Recolectión, ya dirigiendo su orquesta, ya ejecutando el cello, ya cantando con su espléndida voz de tenor. Las naves de aquellas Iglesias guardan aún el eco lejano de aquella música que hizo época brillante en esos años.

Es en la ciudad de León donde se produce el maravilloso despertar de su inspiración. El ambiente acogedor, culto, animoso y artístico de la Metrópoli, influye decisivamente en la producción del Maestro. Música de todo género y sabor, desde la obra maciza de carácter —la unciosa y mística de la Iglesia— hasta la ligera y alegre canción mareña y la dulce y romántica, plena, de luna, de la serenata junto a la ventana de la mujer amada.

Día y noche, sin tregua ni descanso, trabajó por cimentar una generación nueva de verdaderos profesores. Macario Carrillo, Filiberto Sarria, Tino del Castillo, Gerónimo Castellón, y muchos otros que sería largo enumerar, salen de aquella escuela suya donde la explicación clara, la estricta norma didáctica, la natural competencia del maestro nacido para enseñar, su afabilidad y paciencia

para con sus alumnos, van creando en éstos el amor al arte y el amor al Maestro.

Veinte años enmarcaron su fecunda labor en la Metrópoli. En 1913 volvió al solar nativo. En una mañana de Mayo del año de 1921, un violento ataque cardíaco puso fin a su vida ilustre, pródiga y fecunda.

Fue una rara coincidencia que el que tanto cantara a María Inmaculada, se fuera a la gloria por la escala de Mayo, en medio del torrente sonoro de los coros, con el eco inconfundible de su música incomparable y eterna. En ese mes en que Masaya junta la labor maravillosa de la naturaleza con la piadosa devoción a la Virgen Inmaculada, en ese mes en que María y las flores son el símbolo supremo de Masaya.

Dos facés integran la obra artística del Maestro: la del Músico y la del Poeta.

Libretos de pastorelas, villancicos, motetes y cantos de toda clase fueron producto de su inspiración. El mismo dotaba a sus versos del ropaje de la música; la música encontraba la estrofa a su medida. Un mismo cerebro creando diferentes formas de arte y hermanándolas en la obra.

Sencillo y limpio como un manso arroyuelo que va diciendo su música en la fronda, como el perfume aromado y fresco de una flor silvestre que nos llega en el aire de la montaña, como el gorjeo de la alondra rebotando en el verdor oscuro del bosque, así es el verso personalísimo de Don Pablo.

Poeta al natural, sin raros afinamientos, pulido por la naturaleza misma de haber nacido poeta. Sin esfuerzo alguno se fue muy adentro del corazón de todos, pues no hay un rinconcito, por humilde que sea, que no diga o cante los versos de Don Pablo. Generaciones vendrán iguales a las que han pasado y que derramarán su fervor con sus estrofas, ya en Mayo, o Junio, o Diciembre. Allí está la verdadera permanencia de su obra: fue al corazón del pueblo y se quedó en él. Su música y su verso están allí enclavados, porque lo que llega al corazón y toca sus fibras más sensibles, no se va nunca, se hace eterno.

Quién de nosotros no ha cantado al Niño Dios, en Diciembre: Esparce la aurora / sus luces divinas, / y allá entre las ruinas / anuncian al sol. Se oyó en el espacio / divinos cantares / que a humanos mortales / anuncian su amor. Bailaron pastores / al son del pandero, / le dan un cordero / y él se sonrió. Sus ojos divinos / cual bella alborada / nos da en la mirada / un poema de amor.

Un poema de amor que sale de la mirada del Dios Niño, todo un poema de amor delicado que sale del estro de un poeta natural, de su jardín interior donde "Alumbra el espacio / radiantes estrellas / y flores muy bellas / le brindan su olor."

Quién de nosotros no ha cantado en Junio, su poema de amor y fe al Corazón de Jesús:

El es fuente de consuelo / manantial de castidad / su grandeza y humildad / en tan digno Corazón. Véis la aurora cómo envía / esos rayos por Oriente / más belleza esplendente / hay en ese Corazón. Véis las flores que se mecen / al impulso de la brisa, / pues todo esto es sonrisa / de tan dulce Corazón. Véis las luces que tachonan / ese cielo de alabastro / pues más brillo tiene

el astro / deste dulce Corazón. Ved la fuente que parece / que llorando así se aleja / son más tiernas, ay!, las quejas, / deste dulce Corazón.

El siguiente villancico es de lo más original. Nicaragua entera lo repite, delicada y dulcemente, como uno de los cantos navideños de mayor dulzura y expresión.

Niño precioso / más que el armiño, / risueño niño / Dios de mi amor. Duerme tranquilo, / duerme entre tanto / eleva un canto / mi humilde voz. Duerme te dicen todas las aves, / sus trinos suaves / yo imitaré. Cantad más bajo / no se despierte, / la voz muy fuerte / le exaltará. Cantad, que duerme, / cantad quedito, / Ved que bonito / durmiendo está. Duerte chiquitito / duerme que hace frío / duérmete amor mío / que yo velaré.

Mas no sólo la Navidad constituyó para él inagotable fuente de inspiración, con la escena de Belén al fondo, el Niño despierto por el frío, los pastores arrullándolo con sus cantos ingenuos, la Virgen cubriéndolo con su manto de amor maternal. También las más altas expresiones de la Liturgia de la Iglesia le sirvieron de inspiración para obras maestras como el "Liberame" o "Responso" en el que la súplica, la plegaria, la incertidumbre, el temor y el dolor se expresan en música acertada con el significado de la letra: "Libera me Domine. . ."

Otra de las obras de mayor belleza y de estructura perfecta es la "Barcarola en Sol Mayor", escrita en León en 1909, y dedicada a la Virgen del Perpetuo Socorro y estrenada en el templo de San Felipe de aquella ciudad. La pieza consta de cuatro partes: un "allegro", un "andante", un "scherzo" y un "presto" final.

Para el estreno de esta obra, el artista del pincel, don Antonio Sarria, pintó el decorado conforme la vieja leyenda de unos naufragos que en medio del horror de la tempestad, pedían de rodillas a la Virgen aplacara la furia del Océano.

La construcción de esta Barcarola en Sol Mayor y en compás seis por ocho es un drama en miniatura, caracterizado por los recursos de la instrumentación orquestal que Don Pablo sabía aprovechar muy bien. Aquí en esta obra se puede apreciar la belleza extraordinaria de la técnica del Maestro. Grande en su forma, inspirada concepción y sutileza en el discurso melódico. En lugar de una amalgama de instrumentos para conseguir efectos de masa, pone de relieve su individualidad y mezcla delicadamente un timbre con otro sin dañar la naturaleza de ninguno.

En las "Plegarias de la Santa Faz", instrumentadas para quintetos de cuerdas, es donde el alma se recoje y el espíritu se eleva al cielo al impulso de sus notas mágicas y sublimes.

Músico y Poeta, eso fue el Maestro Pablo Vega y Ráudez. Como músico fue un apóstol de su arte, abnegado y generoso. Llegó a los setenta años con espíritu siempre joven, innovador y alegre. Creó escuela y el pedestal máspreciado en que descansa su recuerdo es el de Maestro de generaciones.

Como Poeta fue natural y sin artifices. Sus mejores versos fueron para cantar a Dios, tal fue la excelcitud de su espíritu. Con regla o sin ella dijo lo que tenía que decir, desnudando su alma blanca de iluminado

Tres cosas amó con delirio: su Patria, su Hogar y su Arte.